

Yorgos Seferis

Días

1931-1934



Galaxia Gutenberg

Yorgos Seferis

Días

1931 - 1934

Traducción de José Juan Batista Rodríguez
e Ismael Correa Morales

Prólogo de
Andrés Sánchez Robayna

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Andrés Sánchez Robayna

Título de la edición original: *Meres 1931-1934*
Traducción del griego: José Juan Batista Rodríguez e Ismael Correa Morales

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2023

© Anna Londou (heredera de Yorgos Seferis), 2023
© de la traducción: José Juan Batista Rodríguez e Ismael Correa Morales, 2023
© del prólogo: Andrés Sánchez Robayna, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 6404-2023
ISBN: 978-84-19075-49-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La traducción de *Días 1931 – 1934* fue revisada por el Taller de Traducción Literaria de la Universidad de La Laguna entre el 15 de noviembre de 2016 y el 12 de diciembre de 2017. Participaron en el seminario de traducción

JOSÉ JUAN BATISTA
GABRIELE BUGADA
SALLY BURGESS
ISMAEL CORREA MORALES
CLARA CURELL
JESÚS DÍAZ ARMAS
MARGARITA FERNÁNDEZ DE SEVILLA
AFRODITI GIOVANI
RÉGULO HERNÁNDEZ
VIRGINIA LUIS YANES
EFI MITSOULA
LAURA REPOVŠ
ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Diario
24.8.1931-12.2.1934
(Londres hasta el regreso a Atenas)

NOTA PERSONAL

Este diario está compuesto en gran parte por cartas escritas desde Londres en los años 1931-33. Los fragmentos que copié la primera vez eran más reducidos; aumentaron en la segunda versión; no sé qué pasará hasta el momento en que se impriman. Los dejo como en la segunda versión, la de 1967. Mira también el sobre malva «Cartas de Londres 1931-33».

24.8.31 – finales de 1931: pág. 23
1932: pág.¹

1. La página está sin especificar en el original. El imperativo anterior, Δὲς (Mira), parece un autorrecordatorio. [*Nota de los traductores, como todas las del libro.*]

Lunes por la noche, Londres, 24 de agosto

Me encuentro aquí desde el pasado lunes por la tarde y todavía no he tocado la pluma. Estoy mareado y como enfermo. En la calle hacía frío y lloviznaba; no tengo pensamiento. Me mantengo en equilibrio sobre la cuerda, como siempre. En el barco tuve la experiencia de la imbecilidad: gente insignificante y aburrida. Las dos primeras noches hizo un calor asfixiante en los camarotes. Creo que soñé que era un potrillo en una inmensa pradera verde. Luego hubo marejada. Llegué bastante mareado a Marsella. Grecia estaba ya sin mí (no lo digo por egocentrismo). Entonces comprendí cuánto amaba a esa tierra, aun con los siete clavos que nos pone cada día. Pero sobre esto, más tarde.

En el barco encontré a un oficial de la delegación francesa, conocido mío. Llevaba su coche e iba a encontrarse con su familia allá en los Pirineos. Me propuso que fuera con él hasta Pau. Acepté para seguir viajando un poco más. Así vi Arlés, Nimes, Tarascón,

Beziers, Narbona, Carcasona, Montpellier, Toulouse: todo el país de *Mireya*.

En Pau tomé el tren; el viernes por la mañana estaba en París. Vi, en el teatro, *El rey Pausole* y una única cosa de la *Exposition coloniale*: las pequeñas bailarinas de Indochina; pero toda esa gracia y el ritmo de la música de los extraños instrumentos, ahogados en cierta manera por la atmósfera lluviosa del teatro al aire libre. No estaba de humor en París. Recordé el verso «*Je pense à la négresse amaigrie et phtisique...*»:¹ esas mujeres producían verdadera conmoción con sus vestidos de seda, con su colorete barato, mostrando la piel amoratada del frío.

El lunes 17 salí de París y por la tarde ya estaba aquí: verdor y olor a *bacon*. Todavía tengo la impresión de que me han encerrado para que duerma en una habitación con muchísimas flores. Respiro con dificultad. Basta de descripciones.

Hay muchas cosas comprimidas dentro de mí luchando por salir por el portillo del sótano de la Torre. La vida alrededor, incalculablemente ajena, como un ejército enemigo que se prepara a escondidas en la profundidad de la noche. [¿Dónde estás? Oigo pisadas en los escalones de piedra. ¿Dónde está *El aljibe?*]²

1. «Pienso en la negra enjuta y tísica...», de «Le Cygne» de Baudelaire.

2. Como ya se indicó en la «Nota de los traductores», todos los pasajes entre corchetes que figuran en *Días 1931-1934*

Sábado por la noche, 12 de septiembre

El miércoles empecé una carta sobre un cuento. La dejé a medio terminar. Hoy vuelvo de nuevo al papel. Me es difícil seguir adelante; te lo escribo porque piensas que puedo decir lo que quiera con la misma facilidad con que me levanto de una silla.

Hoy ha estado lloviendo todo el día. No sé por qué hago depender tanto mi humor del sol o de la lluvia. Me siento aburrido, desesperadamente aburrido. Por supuesto, no se lo digo a nadie, ni siquiera a mí mismo. La superficie permanece lisa, pero siempre, incluso en los momentos de mayor olvido, tengo la sensación de que algo está manoteando en el fondo.

En otro tiempo, hace muchos años, seguía con mucho interés esta reacción (cómo llamar a esa cosa). Era mi único trabajo serio, y no me dejaba hacer nada más. Luego, desde que regresé a Grecia, quizás porque presencié muy de cerca algunos de los dramas más graves de la vida, me vi en la necesidad de cerrar el sótano. En el lugar en que antaño veía crearse a cada momento un montón de dolores, heridas y desgarros, quedó una bola redonda, pesada y plomiza. No sé por qué voy a todos estos detalles, por qué vuelvo a empezar esta antiquísima historia: no me gusta mentirme a mí mismo ni engañar a los

son adiciones incorporadas al texto en su edición original siguiendo instrucciones del autor.

demás. Sería más simple, y pienso que todas las personas con algo de condescendencia lo hacen, echar toda la culpa a un distanciamiento: el que se da cuando el vértigo se apodera de nosotros ante el horror de la amputación; no es la vida cotidiana desde el primer instante en que abrimos los ojos hasta la última gota del día de Dios. También así el amor. Todas estas cosas fuertes no se encuentran en el tiempo que medimos con los relojitos; van en paralelo con nuestra vida. De vez en cuando se abre ante nosotros un agujero y caemos en el caos, o se abre una ventanita y nos ganamos lo celeste; luego volvemos, de nuevo inexplicablemente, a lo cotidiano: inexplicable e implacablemente. [Ahora no tengo gana alguna de filosofías ni de escrituras elegantes. Sólo intento procurarme una tregua como la que me brindó *El aljibe* en mi atormentada vida.]

Al lado suena un fonógrafo. De un momento a otro una línea subterránea de ferrocarril va a despertar los cristales de mi ventana golpeados por la lluvia. Es de noche y te escribo, desconocido en medio del gentío. El otro día, al volver de noche, vi a uno de esos predicadores callejeros; hacía ondear en su mano un estandarte de papel y se desgañitaba; en el papel iba escrito con grandes letras negras: «Después de la muerte, el juicio». Siento mi vida terriblemente inútil. *¿Cómo justificaremos nuestra existencia en la segunda venida de Cristo?* ¿Recuerdas? Lo malo es que para nosotros cada tanto ocurre la segunda venida.

Domingo, 20 de septiembre

Que sea la voz de nuestros amigos muertos, insisten los fonógrafos. Uno en cada habitación: sirven en negros platos nostalgias españolas o africanas. Siento que mi interior es objeto de un proceso sistemático y mecanizado que me lleva sucesivamente del mundo inferior al superior y tengo la impresión de que esto no va a terminar nunca. ¿Adónde se fueron nuestras líneas suaves y humanas? Ahora pienso en las líneas sin las personas. Puedo distinguir ciertos momentos de insospechada soledad, un paraíso inexplicable, perdido, que dejó sus huellas en nosotros sólo para incordiarnos, sin conducirnos a ninguna parte.

El próximo sábado cambio de domicilio. Voy a una casa donde podré hablar inglés largo y tendido. Está un poco lejos, pero es una quinta. Tomé la decisión con la esperanza de poder trabajar de manera tranquila e intensa. Otra vez tengo que quitarme de encima algunas cosas. Siento que trabajar bien es lo único que puede ayudarme en las actuales circunstancias. Mientras tanto, en Grecia me insultan mentando a todos mis muertos. ¿Has leído el artículo de nuestro inestimable Thrilos¹ (*Athenaiká Nea* [Noticias de

1. Pseudónimo de Eleni Uranis (1896-1971), escritora y crítica literaria griega. Vuelve a nombrarla en la entrada de 2 de marzo de 1933.

Atenas], 7 de septiembre)? Se necesita personalidad (!), me estoy imaginando algo con muchas prolongaciones y elevaciones; mucho me gustaría preguntarle dónde ve ella todas esas prominencias. Pues que así sea, como todo lo demás. En el *Nea Estía* [Nuevo Hogar] del 15 de septiembre se va a publicar la carta de Palamás. Va a poner algunas cosas en su sitio. Después también quiero yo escribir algo sobre ese debate. Todavía no sé cómo, pero espero que sea este invierno. Luego, que sea lo que Dios quiera. Ahora, mientras te escribo, pasa ante mis ojos una vida diferente. Una pequeña casa con pinos, albahaca y paredes enjalbegadas, y al pie de la colina un inmenso mundo abierto. Una sumisión y una libertad, con rostros conocidos como las veo, simplemente para olvidar la insoportable presencia de la muerte. ¿Cómo es que estoy sentado soñando con cosas así?

A mi alrededor la gran ciudad duerme a pierna suelta en domingo. Mañana se despertará descansada y dale que dale de nuevo.

Martes por la tarde, 13 de octubre
8 Antrim Grove, Hampstead

... Para poder tomar pluma y papel y escribirte, para poner un poco de orden, te he hecho un croquis de las dos habitaciones que disfruto aquí con sus muebles, puertas y ventanas. Te lo envió para que te hagas una idea de mi topografía.

Desde la ventana del dormitorio (6 × 9 pasos de los míos) veo pequeños huertos caseros; una alfombra: césped verde en medio y flores alrededor (crisantemos y algunas otras cuyos nombres desconozco); más allá, a la izquierda, una cancha de tenis donde juegan los vecinos los fines de semana y todos los días vienen perros a jugar con una pelota. Desde mi salita (6 × 4,5 pasos) veo también árboles, una hilera de tres acacias, detrás una casita con techo a dos aguas y franjas verdes y, más a la izquierda aún, un gran árbol verde con hojitas y pequeños frutos rojos, como puntos. El cielo es gris, hace frío; la vecindad, tranquila, y el fuego que enciendo, de carbón. Las mejores horas las paso ante mi mesa; estoy solo e ignorado. Esta casa la encontré por un anuncio que puse en el *Times*. Hay dos mujeres: una vieja, viuda de tres maridos, y su hija, de 25 años, con cara de pena, que se encarga de la casa, fuma innúmeros cigarrillos y siempre está tosiendo. La sirvienta es una sonrosada cuarentona de pueblo que debe de oler a cerveza y *bacon*.

Ahora mi vida: a las 8.30 tocan a mi puerta; a las 9 me levanto, me visto, bajo al comedor, desayuno y a las 10 salgo. A las 10.20 estoy en el Consulado; ahí hago el servicio más idiota que haya podido hacer en mi vida hasta las 13 (mi despacho es un tugurio); a las 11.30 me tomo una mala infusión y dos bocadillos y acabo mi trabajo hacia las 15 o 16. Y me voy; por la tarde, a las 17, me traen té, y a las 19.30 tocan una campanilla para la cena; luego me quedo sentado una hora y media hablando tonterías

inglesas; luego subo y me siento a escribir hasta la una o las dos de la mañana. Relaciones: dos buenas personas en la embajada. Mi superior en el consulado: tozudo, necio y mezquino. Casas: todavía ninguna que sea algo soportable. Resultado: la única cosa que tengo son las horas libres de que dispongo. Ahora estoy haciendo una traducción de Valéry que no sé cómo se publicará: es una conferencia sobre la poesía. Quizás la edite con un prólogo mío, quizás de otra forma; todavía no he llegado a ese punto. Por otro lado, poco a poco siento que vuelvo a hacer versos. Te escribiré cuando me salga algo bueno.

Tsirimoko es tonto: no tiene oído. Puede gritar y decir lo que quiera: que le llevé la contraria en la charca intelectual de Atenas; tanto mejor. Incluso anteayer recibí un artículo escrito en *Politiká Fila* [Hojas Políticas] en el que me dicen que soy inteligible y doy coba a las tendencias burguesas. Cada uno da su propia talla. Dentro de poco sale también el libro de Karandonis, unas sesenta páginas, y volverá a comenzar de nuevo el cántico de las ranas. Te escribo todo esto para decirte que jamás me habría esperado que un librito tan pequeño trajera tantos disgustos y desvelos. Pienso que el esfuerzo no fue en vano. Esto, visto desde fuera. Ahora, desde la segunda o tercera estrofa, eso es cosa mía y una necesidad personal. Sólo yo conozco todos los defectos que tengo, todas mis faltas y puntos débiles. Por desgracia. Viendo hoy *El aljibe* lo encuentro inmensamente superior a *Razón de amor*, que

se basa en una reconciliación. Ese, si es que sale, va a ser mi libro bueno, y entonces quién sabe cuántos de los que hasta ahora han encontrado valiosos mis poemas me volverán la espalda. Lo que nadie ha entendido todavía, lo que estoy buscando es la expresión más directa, como una cuerda en tensión, y, además, la presencia ubicua del cuerpo humano. Todo esto los señoritos enguantados de Atenas lo llaman poesía pura, lo cual para mí es una farsa y me importa un bledo. Estas dos cosas las he tenido siempre dentro de mí.

Estoy siendo presuntuoso. Charlo contigo como antaño. ¿Recuerdas el cielo? Como si hubiera reventado una granada llena de estrellas, y hay tanta gente que nos separa... ¿Debo decirte mi soledad, decirte todas y cada una de las cosas que me marean a diario y la insoportable propensión del cuerpo hacia el caos que no da nada? Cuántas veces aquí mismo he pensado en la muerte. Cuántas veces he contabilizado cómo se consume la vida humana minuto a minuto lo mismo que un candil. Ya ves con qué torpeza y dificultad escribo. Tengo la impresión de estar tallando una piedra a navaja. Y nada, nada que ataje un instante este tormento. ¿Qué nos sucedería si el pánico se apoderara de nosotros? [Ojalá tuviera a un amigo cerca de mí.]